

ESCUELA DE ARTES Y OFICIOS

DE SANTIAGO.

SOLEMNE APERTURA DEL CURSO

DE 1889 á 1890.

DISCURSO INAUGURAL

LEIDO POR EL SEÑOR

D. José M. Fenollera é Ibañez

Profesor interino de Dibujo de Adorno y Figura.

SANTIAGO:
IMP. DE JOSÉ M. PAREDES,
Virgen de la Cerca, 30.

1889.

DISCURSO INAUGURAL. SOLEMNE APERTURA DEL CURSO DE 1889—1890¹

José María Fenollera Ibáñez

Excmo. Sr.

I

Designado para leer en la Escuela de Artes y Oficios el discurso inaugural del curso 1899 à 1890, que comienza hoy con esta solemnidad oficial, halleme en grandísimo aprieto, por reconocer, sin modestia vana, la pequeñez de mis esfuerzos y la falta de hábito en este linage de trabajos académicos, y de buen grado hubiérame eximido de él si el deber de la subordinación y la obediencia por un lado y el respeto y consideración á mis ilustrados comprofesores por otro, no hubiesen frustrado mis deseos y dado en tierra con mis reiteradas y múltiples excusas.

Aumenta más mis confusiones y temores la idea de que mi humilde acento se deja oír en un establecimiento científico de este país, fecundo en hombres eminentes, acostumbrados, por lo tanto, á que los grandes maestros de las ciencias y de las artes refresquen la inteligencia de los en él nacidos con las brisas suaves y vivificadoras del pensamiento y de la palabra, del sentimiento y de la poesía. Afortunadamente la indulgencia es compañera inseparable del talento; por lo que confío que las deficiencias de mi modesto trabajo, han de suplirse con esa benevolencia afectuosa y esa discreta y finísima censura que es patrimonio delicado de los buenos hijos de esta hospitalaria tierra gallega.

En los días que alcanzamos nótase, con gran regocijo, que el sopor profundo en que las artes vivían van desapareciendo gradualmente; y estos primeros destellos de la actividad artística hacen presumir que muy pronto se levantarán aquellas a envidiable altura, como estuvieron en otros tiempos de grata y gloriosa recordación para nuestra patria. Las artes é industrias españolas tan pujantes fueron, con especialidad en la Edad Media y el Renacimiento, que no las superó la iniciativa y el genio de otros pueblos. Mas este feliz despertar a que asistimos, no es ciertamente hijo del azar: débese en primer término a la tradición y a la eficacia con que el Estado, juntamente con el benéfico concurso de Sociedades particulares e Instituciones de origen privado, contribuye al fomento de las diversas enseñanzas para el desarrollo de las artes y su estudio entre las clases obreras e industriales. Sin tales enseñanzas las artes jamás han progresado ni el genio del hombre ha producido cosa alguna: las facultades y el sentimiento del artista sólo se desarrollan con el estudio, sin el cual no es posible que los grandes ideales hallen adecuada y exacta expresión en los moldes sublimes de las formas sensibles o exteriores.

Una prueba evidente de que la iniciativa particular ha tenido parte muy principal en el renacimiento del estudio de las artes y en la educación popular, nos la ofrece la ilustre

¹ *Discurso inaugural. Solemne apertura del curso 1889-1890. Escuela de Artes y Oficios de Santiago. Leído por el Señor D. José M. Fenollera é Ibáñez. Profesor interino de Dibujo de Adorno y Figura. Santiago. Imprenta de José M. Paredes. Virgen de la Cerca, 30. 1889*

y renombrada *Sociedad Económica de Amigos del País* de Santiago, que con esfuerzo nunca bastante alabado, y con energía suficiente para vencer obstáculos que se oponen casi siempre a toda nueva institución y progreso, viene hace muchos años fomentando las enseñanzas entre las clases obreras, con brillantísimos resultados. Por ello se ve que los artesanos y obreros de esta histórica ciudad, son más ilustrados de ordinario que los de poblaciones de mayor importancia, las cuales suelen contar con otros elementos más poderosos de civilización y cultura. Gratitud eterna deben, pues, los hijos del trabajo en Compostela, y aun los de Galicia toda, á esa egregia Sociedad y a sus hombres más ilustres.

Mas por grande que sea la iniciativa particular, por apreciables y satisfactorios que sean los esfuerzos de las Sociedades económicas y de las instituciones privadas, nunca pueden contar con los medios de instrucción que requiere la educación artística e industrial de las clases populares en esta época de prodigios, de inventos y de verdaderas maravillas.

Por esto las Escuelas de Artes y Oficios vienen a completar los elementos con que cuentan las escuelas privadas para la instrucción de la clase obrera que, como todo el pueblo español, es sobria, inteligente y con relevantes aptitudes para el estudio difícil y penoso de las enseñanzas artísticas. Abrigamos la convicción firme y segura de que esta apreciación no es hija de nuestro deseo, pues los recientes resultados obtenidos en las Escuelas de Artes y Oficios lo han demostrado por completo; pero si alguna duda se ofreciera, la historia de las artes de nuestra patria se encargaría de probarnos que sólo por la enseñanza de las escuelas populares y por el estudio constante de sus alumnos han progresado todas las aptitudes, elevándose las artes a una gran altura.

En efecto, a poco que el espíritu observador tienda la vista por nuestro pasado notará el fenómeno de que este pueblo adquiere con rapidez la ilustración que le traen sus invasores, llámense estos Fenicios, Griegos, Romanos ó Árabes, adaptándose con facilidad á sus leyes, usos y costumbres, pero muy especialmente á sus artes, en las que prontamente se hacen diestros y descuellan, prueba manifiesta de la disposición natural que siempre para ellas han tenido. Estas felicísimas disposiciones son la nota característica de nuestro pueblo, y por si no fuese bastante, plugo a Dios dotarle de entendimiento tan claro que rechazó cuanto malo le traían sus invasores, dándose el caso que cuando estos eran bárbaros e incultos, los vencidos y sojuzgados imponían su civilización a los vencedores. ¡hermoso ejemplo que evidencia la maravillosa aptitud de nuestro pueblo para el estudio y con especialidad para el de las artes!...

Nada más fácil que demostrar esta tesis, bastando para ello acudir a la historia del ingenio y de la actividad humana, campo fecundo de las grandes enseñanzas, en el que puede fácilmente verse la marcha lenta, pero jamás interrumpida, del progreso de las sociedades y el trabajo de todos los siglos. Contéplase entonces con asombro surgir pueblos y razas que se elevan a prodigiosa altura para descender luego aniquilados y decrepitos, dejando paso a otras razas y a otros pueblos que de los restos de la cultura decadente levantan con entereza, vigor y lozanía otras civilizaciones quizás más poderosas y gigantes. Estos contrastes y hechos repetidos son la eslabonada cadena de que se forma la historia de las artes.

“Una rápida ojeada a uno de los períodos más interesantes de nuestro pasado, en lo que a las artes se refiere y que ha dejado huellas profundas entre nosotros al par que una gran enseñanza, la época árabe”, constituirá el objeto de este breve y modesto trabajo.

II

El hecho histórico que dió motivo a una gran epopeya y a una nueva civilización venida a España de los árabes, capitaneados por Tarif, en 711, fue el desastre del Guadalete que acabó con la monarquía Goda, dejando libre el campo a los invasores. Conocidos de todos son estos hechos. Aquello fue tan precipitado que en breve espacio de tiempo pasó la España Goda a ser Árabe, acontecimiento de tal magnitud que debía necesariamente traer como así sucedió, un cambio profundo radical. La rapidez suma con que llevaron a cabo los Árabes la invasión y la poca resistencia que debieron hallar, lo demuestra bien el haber tomado al instante las principales poblaciones de España, incluso Toledo, capital de la Monarquía Goda, donde hallaron todavía las coronas que habían ceñido veinticinco Reyes Godos, é hicieron prisionera a la viuda del infortunado D. Rodrigo, con la cual se casó por cierto, algún tiempo después, el hijo de Muza. Mas no siendo nuestro objeto seguir las contiendas y revueltas que necesariamente habían de surgir con la formación de una tan nueva sociedad, anotaremos nada más aquellos hechos ó circunstancias que convengan a nuestro propósito, para dar una breve idea de este brillante y fecundo periodo para las artes árabes y que tan profundas raíces ha dejado entre nosotros.

Al invadir a España los árabes, la extensión de sus dominios se extendía hasta la India. Su poderío era inmenso, pero su civilización no alcanzaba ni tenía el genuino carácter que adquirió después, si bien se descubre desde luego en el espíritu árabe gran actividad y avidez en aprender é investigar, no rechazando sistemáticamente las civilizaciones de los países conquistados, antes al contrario, estudiándolas en todos sus menores detalles y utilizando sus enseñanzas.

Es para todos cosa indudable, que no poseyendo todavía nuestros conquistadores artistas bastante hábiles para levantar los célebres monumentos que imaginaron, se valieron de los más ingeniosos artífices bizantinos y persas; y bien se demuestra la influencia que estos ejercieron en la admirable construcción de la Mezquita de Córdoba, puesto que no sólo los artistas que en ella trabajaron fueron extranjeros, sino que gran parte de los materiales que se emplearon en aquel templo vinieron de Grecia, utilizando también en esa obra magna los restos de las bellezas arquitectónicas de los romanos, que en España existían con gran profusión. Esto no obstante, la imaginación árabe no podía satisfacerse con la sobriedad de bizantinos y persas, y su rica inventiva formó mil motivos nuevos que modificaron su aspecto. Procuran difundir ricas y caprichosas ornamentaciones por todas las partes del edificio, causales hastío la regularidad de las líneas continuadas y la monotonía de las superficies planas; desgajan, recortan, rizan y calan, y un gusto finísimo, dirige los caprichos que parecen a primera vista libres de toda regla, dominando sin embargo, aquel embrollado y bellissimo conjunto.

Hemos nombrado la Mezquita de Córdoba, y se hace necesario de todo punto detenerse, aunque no sea más que breves instantes, ante ese acabado y perfectísimo modelo de las construcciones arábigas. Dio comienzo esta obra colosal y fue ideada en 786, por el primer Príncipe de la esclarecida y brillante dinastía de los Omniadas, que tanto habían de contribuir a la civilización árabe, puesto que bajo sus gobiernos ha llegado esta a su más alto apogeo. Y no solamente le debieron las artes árabes a Abderraman I, que así se llamaba, aquel Príncipe el feliz pensamiento y el comienzo de tan gran monumento, sino que en todas partes fundaba escuelas, bibliotecas, y laboratorios, dando vigorosísimo impulso á la enseñanza de las artes, con estos difíciles trabajos y con hermosear y embellecer

la Capital de sus dominios, a lo cual se limitaron sus más constantes desvelos durante los últimos años de su reinado. Grande fue en efecto la prodigiosa actividad que desplegó en fomentar la ilustración y el engrandecimiento de la Capital, y especialmente la obra colosal de la Mezquita, en la que para dar ejemplo de laboriosidad y del mucho amor que sentía por las artes, trabajaba él mismo una hora o más todos los días. Su hijo Hixem I prosiguió tan noble tarea con el mismo afán, ocupándose en ella diariamente á ejemplo de su padre, y tuvo la gloria de ver terminada esta obra verdaderamente maravillosa, que describe un historiador contemporáneo, en los siguientes términos: “Esta magnífica Aljama de Córdoba aventajaba á todas las de Oriente, tenía 600 piés de largo y 250 de ancho, estaba formada de 38 naves á lo ancho y 19 á lo largo, mantenidas por 1.039 columnas de mármol: se entraba á su *alquibla* por 19 puertas, forradas de planchas de bronce de maravillosa labor, y la puerta principal cubierta de láminas de oro: tenía nueve puertas á Oriente y nueve á Occidente. Sobre la cúpula más alta había tres bolas doradas, y encima de ellas una granada de oro: de noche para la oración se alumbraba con 4.700 lámparas, se gastaban 24.000 libras de aceite al año, y 120 libras de áloe y ámbar para sus perfumes: *el atanor del mihrab*, ó lámpara del oratorio secreto, era de oro y de admirable estructura y grandeza”.

Grande, magnífico se nos presenta ya el estado de las artes árabes en este período, y sin embargo es de recordar que estamos en su comienzo, cuando solamente transcurriera un siglo desde su invasión. Un genio extraordinario de la misma ilustre estirpe de los Omniadas, Abderraman III, había de llevar las industrias mecánicas y las artes a un grado de desarrollo y prosperidad tal que aun hoy, a pesar de los muchos datos que lo comprueban y los soberbios monumentos que aún poseemos y que constituyen nuestro más legítimo orgullo, tomáronse tales portentos por cosa soñada o por puras ficciones, hijas tan sólo de nuestra fantasía meridional.

Verdaderamente para las artes se inaugura una era de progreso, y de sin igual esplendor bajo la protección de ese augusto Príncipe. La arquitectura árabe-bizantina, llega por su impulso al zenit de su brillante carrera. La elegante y faustuosa ornamentación, acaba de cubrir los graciosos lineamientos latino-pérsicos: a la razonada distribución del ornato se agrega la magnificencia de los colores y esmaltes de los estucos y mosaicos, por medio de los nuevos procedimientos introducidos en Córdoba por artistas venidos de Constantinopla, que con habilidad suma convertían la dura pasta de vidrio y de los metales en trasparente esmalte, deslumbrador brocado de oro y terciopelo. ¡Qué de prodigios, qué de fantásticas creaciones realizó el arte sarraceno!

En efecto el mismo Abderramán III, traza un nuevo plan para aumentar considerablemente la ya grandiosa Aljama, prolongando las doce naves 150 pies más hacia el Mediodía, y de ancho, de Oriente a Occidente, otro tanto como el ancho de toda la mezquita, con lo cual el nuevo edificio constituía un monumento que no tenía par. Para decorar esta espléndida construcción, mandó Embajadores al Emperador griego, los cuales trajeron consigo un afamado artifice, además de 325 quintales de mosaico esmaltado, *sofeysafá*; y como quiera que muchos operarios le ayudasen en el trabajo de la colocación del mosaico, aprendieron con aquel maestro hasta lograr perfeccionarse en dicha industria y trabajar por sí solos, cual luego lo verificaron.

Y lo mismo que en esta clase de ornamentación, rivalizaron en otras labores los maestros más renombrados de toda la tierra, que al par que realizaban tantas maravillas nos legaban grandes enseñanzas y producían aquellos obreros tan nimios é inteligentes. Todos

estos primores se ejecutaban con una rapidez verdaderamente extraordinaria: en demoler el antiguo alminar, y levantar en su lugar otro, cuya mole no tenía igual en todo el mundo por su distribución y proporciones, se emplearon solamente en sus cimientos 443 días y no más que trece meses para la terminación total de tan soberbia torre. Es de advertir que toda ella era de piedra y de tan singular artificio por dentro que conteniendo dos ramales de escalera, cada uno de 107 peldaños en una sola caja, podía la gente subir por el uno y el otro ramal sin verse. Esta elegante Alminara medía 54 codos, desde su arranque hasta la parte superior del domo abierto, al que rodeaba un balcón saliente, y desde este balcón corrido hasta el remate se levantaba otros 18 codos. Presentaba al frente 14 ventanas la mitad con dos claros y la otra con tres, formados con columnas de jaspe blanco y encarnado, y todo ello cubierto de maravillosa labor. Nos causaría aturdimiento y estupefacción, y aún la duda nos asaltaría al considerar que toda esta asombrosa obra, fué llevada a feliz término en *catorce meses y 13 días* sino nos fueran ya sobrado conocidos los medios extraordinarios y el grado de perfección á que habían llegado los arquitectos árabes.

El sabio y erudito Don Pedro de Madrazo, que en más de una ocasión nos ha servido de luminoso guía, describe por modo tan admirable, las bellezas del *mihrab* que no podemos resistir al deseo de reproducir sus palabras: "Por entre la elegante arquería que más que sostener la cúpula aparece pender de ella, como penden de un chal de Persia sus entretegidos caireles, y que a los ojos experimentados de un famoso viajero del siglo XII era superior por la delicadeza de su ornato a las más exquisitas producciones del arte griego y musulmán, aparece al fondo la sorprendente fachada del *mihrab*, que cuando recibe los reflejos del sol poniente, brilla como un paño de brocado cuajado de pedrería, y que debía deslumbrar como la visión de un palacio encantado de laspislázuli, oro, carbunclos, rubíes y diamantes, cuando en el mes de Ramadhám ardían bajo aquella esmaltada media naranja las 1454 luces de la lámpara mayor y el gran cirio de 60 libras que lucía al lado del Imán. Esta fachada, a pesar de su imponderable riqueza, no presenta la menor confusión: todas sus líneas están trazadas para servir de ornato y realce al arco que dá entrada al santuario, pues no tiene más partes que éstas: el arco con su espaciosa archivolta, sus jambas lisas con columnillas, entregadas en su grueso, *su arrabá* contornado de grecas, y una ligera arquería sin vanos en la parte superior, sobre cuyo macizo descansa la imposta que divide los dos cuerpos alto y bajo del dombo. Pero es tal la profusión y galanura del ornato de cada una de estas partes, que hay que renunciar a pintarla con la pluma. ¡Qué dovelas, qué archivolta, qué enjutas, qué tableros, qué recuadros, qué arquería trebolada, qué tímpanos, qué entrepaños! Y después, ¡qué deliciosa combinación del as grecas con los follajes persas y bizantinos, y con las figuras geométricas! No son estas últimas sin embargo, las que más campean, como sucede luego en la degenerada ornamentación propiamente musulmana: lo principal ahora son las grecas, más ó menos sencillas, unas de garbosos vástagos con sus hojas formando postas, otras de caprichosas ajaracas en que los troncos y las folias la palmera griega y el loto asirio, el lirio y el tulipán, las piñas, las flores de ojos y los contarios, se combinaban de mil diversos modos, trazando siempre los tallos y las hojas las más graciosas curvas, y e todo reunido las más elegantes cenefas, las más caprichosa tracería. Añádase que esta ornamentación está toda ejecutada sobre mármol delicadamente esculpido, ya desnudo y blanco, ya revestido de menudísimo mosaico de diversos colores cuajados con vidrio y oro: que las inscripciones cúficas que se leen en ella alternando con la luciente *sofeysafá*, son también de oro sobre fondo encarnado ó azul ultramarino; finalmente, que las columnillas de los dos cuerpos alto y bajo son de mármol con los capiteles dorados: y si además tenéis

á la vista el dibujo de este bellissimo vestíbulo, os podréis formar una leve idea de la creación más maravillosa que existe del arte árabe-bizantino y del arrobó que produce en el alma del que en su original la contempla”

Aturde contemplar tantas bellezas acumuladas y parece que más no podían realizarse, que debía haberse agotado el ingenio fecundo y la inventiva de aquellos artistas; pero bien lejos de ser así, datos tenemos á la vista que comprueban como el célebre palacio de Medina Zahara, sobrepujaba en belleza a la misma Mezquita. Even-Zayan, refiere de este palacio, que 4.312 columnas de diversas proporciones y de un labrado perfecto decoraban el edificio: las salas estaban ladrilladas de baldosas de mármol, las paredes de las mismas igualmente revestidas de mármoles y adornadas con frisos de colores resplandecientes; las vigas y artesones, de maderas de cedro, eran de un trabajo delicadísimo y de elegancia exquisita. En algunas de estas salas, había surtidores admirables de aguas vivas y transparentes que caían en tazas de mármol de formas variadas y artísticas. En la llamada del Califa, veíase una fuente de jaspe adornada con un cisne de oro, y encima, pendiente del techo, la famosa perla que Abderramán había recibido como regalo del Emperador Griego. En derredor del alcázar se extendían grandes jardines cuajados de rosales y arbustos, de árboles frutales, mirtos y laureles, por entre los cuales se veían inmensos estanques de agua. En el centro de estos jardines y sobre una altura se destacaba el pabellón del Califa, sostenido por columnas de mármol blanco, cuyos capiteles eran dorados; y cabalmente en medio de este pabellón se hallaba un gran cubo de pórfido rojo lleno de mercurio, que por medio de un mecanismo ingenioso saltaba continuamente y reflejaba del modo más deslumbrante los rayos del sol. Contemplábase allí, tapices y alfombras de seda y oro, en los cuales estaban dibujados animales, flores y plantas, con tal perfección que parecían naturales. Todas las puertas de este suntuoso palacio eran de hierro ó de cobre plateado ó dorado y labradas por un procedimiento admirable.

Nada existe por desgracia de este suntuoso palacio, pero las extensas y minuciosas descripciones que de él han hecho los contemporáneos y la justa fama que hasta nosotros ha llegado, nos permite asegurar que en él se había acumulado, cuanto de arte y de riqueza se puede soñar, como que era la morada predilecta de aquellos espléndidos Califas.

Período tan magnífico para las ciencias y las artes, no podía explicarse sin los poderosos medios de enseñanza, que fueron la causa primaria, por no decir la única, de la creación de tantas maravillas, cuyo recuerdo aún hoy evocan los restos mutilados que de ellos quedan esparcidos por casi toda España: dígalo Toledo con su célebre puerta de la Bisagra del siglo IX, y la no menos famosa puerta del Sol, antigua sinagoga del siglo X y el Tránsito con multitud de fragmentos bellísimos. Sevilla muestra la famosa Giralda y el magnífico *Alcázar*, antiguo palacio árabe, cuya construcción data de épocas diferentes, pues aunque empezó en el siglo XI, la mayor parte del edificio procede del XIII; este suntuoso *Alcázar* es una de las portentosas construcciones que se conservan en mejor estado: la decoración policroma que encierra; los techos que ostenta, de madera esculpida, pintados y dorados, serían hoy la gloria de nuestros más aristocráticos palacios. En Granada, de todos bien conocida es la célebre Alhambra, con su famoso *Patio de los leones*, la sala de las *Dos Hermanas*, la de los *Abencerrajes* y la de la *Justicia*, y tantas otras como comprende, moviendo a decir al erudito orientalista francés Mr. Gustavo Lebón: “aquello fué una corte de artistas, de sabios y literatos que eran entonces los más ilustres del mundo; el poseedor de estas maravillas podía tenerse por digno de la envidia de todos los demás soberano; y como ese Rey de

las Indisa, de que habla la leyenda, no se habría excedido grabando en las puertas de su palacio: *Si hay un paraíso en la tierra está aquí; no está más que aquí*. Pues y en Zaragoza, ¿cuántos tesoros no se encierran? Sólo su célebre Aljafería nos daría motivo para escribir muchas páginas en extremo curiosas. Por todas partes, en cuantas ciudades los árabes habitaron se encuentran restos más o menos mutilados, pero siempre bellísimos. Y será bien recordar que no emplearon sólo el arte en el decorado de las grandes construcciones, sino que, en el arte árabe una de las cualidades características, es la encarnación de lo bello en la industria, pues entre ellos el arte industrial lo invade todo.

III

Tratándose de los Árabes, el arte se halla en todos los objetos; en el sello de madera de un panadero, en un cubo de sacar agua, en un vulgar cuchillo de cocina; todo tiene un aspecto agraciado, que revela hasta qué punto se extendía el gusto artístico, penetrando las mismas filas de los artesanos más humildes. Bien a las claras esto demuestra que el arte es independiente de sus aplicaciones, pudiendo manifestarse así en la elaboración de un objeto raro y costoso, como en la de un objeto vulgarísimo.

En efecto, el cultivo de la inteligencia a que habían dedicado toda clase de esfuerzos, sin omitir ningún sacrificio, había llegado a interesar a la masa del pueblo por tan gran manera que no había nadie, fuera cualquiera la clase social a que perteneciese, que no supiera hacer alguna labor. Y con decir que hasta a las mujeres se había extendido la ilustración, a pesar de que, según es de todos conocidos, por las bárbaras leyes del Islam estaban casi excluidas de todo derecho y función social, se comprenderá bien cuál era el grado de cultura de los Árabes. De tal manera había cundido la enseñanza artística que en el suntuoso Alcázar de Abderramán III y de su hijo Alhakem II había un plantel de literatas y artistas, que hubieran podido ser ornato de la buena sociedad de los mejores siglos. Muchos nombres de estas artistas eminentes podríamos citar, pues envueltas en su fama, han llegado hasta nuestros días: pero bastará consignar a este propósito que había muchos colegios y conservatorios donde estudiaban con asiduidad y constancia las doncellas de las familias más principales, y de los que salieron aventajadas alumnas que alcanzaron grande renombre en las artes, la música y la literatura.

Los Walies y vacires de las provincias no perdían ocasión dentro de sus respectivos gobiernos, de fomentar las artes, proteger las ciencias y premiar a sus cultivadores. Habíase hecho gusto de la época dedicarse a la cultura del espíritu, y por muchas descripciones que hasta nosotros han llegado tenemos noticia de aquellas grandes reuniones de literatos y artistas, *un símil de nuestros Ateneos*, en los cuales se leían versos y se discutían los más arduos problemas, difundiendo vivísima luz que por donde quiera se esparcía y alcanzaba hasta las últimas capas sociales. Los Califas eran siempre los primeros en fomentar y proteger a los que al estudio se dedicaban; y este ejemplo era imitado por los Wailes y vacires que ponían grandísimo empeño en distinguirse en la educación privada, pues no podían hacer cosa más grata a los ojos de los Califas. Muchos caballeros ricos, seguían este ejemplo; y los había tan generosos y espléndidos como Almed-ben-Said, el cual en su vehemente y generoso amor a las letras y a las artes, solía pensionar y tener en su casa a muchos estudiantes jóvenes. El palacio de este caballero toledano, vino a ser un centro de ilustración, cuyo esplendor reverberando en el cielo serlo del arte, y a través de los siglos, llegó también hasta nosotros.

Largo fuera enumerar todas las obras así literarias como artísticas, industriales y de ornato, que se debieron al ilustre Alhakem. La famosa biblioteca del palacio Meruán, se aumentó hasta 600.000 volúmenes, cifra verdaderamente asombrosa para tiempos anteriores a la imprenta. Las escuelas públicas y gratuitas se prodigaron en todas partes, en número crecido y casi fabuloso, y como hemos apuntado ya, nada se escaseó para fomentar las demás enseñanzas; por lo que con razón dice nuestro historiador D. Modesto Lafuente: “Vióse pues, al cabo de mil años reproducido en España bajo nueva forma el siglo de Augusto: con la diferencia que si en el de Augusto los talentos habían tenido además un Mecenas, en el de Alhakem cada walí y cada jeque aspiraba a ser un Mecenas protector de los sabios y amparador de los buenos ingenios. A los Sénecas, los Lucanos y los Marciales reemplazaron los Abn Walid, los Almumed ben Ferag y los Ilisa ben Hubdheil, y las églogas y las odas reaparecían con el nombre de *Cásidas*, como las célebres tituladas de las *Flores* y de los *Huertos*. La corte habíase convertido en una vasta academia, era Córdoba como la Atenas del siglo X, y la liberalidad, largueza y magnificencia con la que se premiaban las obras del ingenio era tal que para creerlo, necesitamos verla por tantos y tan contestes testimonios confirmada. Pero compréndese bien a costa de cuantos sacrificios, de cuanta solicitud, y de cuantos dispendios hubo de adquirirse aquella asombrosa colección de 400 o 600 mil volúmenes manuscritos que constituían la biblioteca del palacio Meruán”.

Los Mozárabes, cristianos que vivían bajo la dominación árabe, utilizaron estas enseñanzas; y bien lo dieron a conocer entonces, y aún después de pasados varios siglos, realizando obras bellísimas y demostrando así las relevantes cualidades que los españoles reunían para las artes, en las cuales conquistaron tantos laureles que con legítimo orgullo recordamos. En rigor puede decirse que los Mozárabes, formaron el núcleo de los artistas, sobre todo después de la extinción del Califato de Córdoba y cuando España se dividió en pequeños reinos, en el siglo XI de nuestra era.

El gran político, el *Anibal* musulmán, el infatigable, enérgico y valeroso *Almanzor*, en el tiempo que después de sus *gazwas* o expediciones sagradas descansaba en Córdoba, congregaba en su casa una especie de academia a que asistían los poetas y los sabios, a todos los cuales trataba con la mayor benevolencia y consideración, y premiaba sus obras con tanta liberalidad como hubieran podido hacerlo los dos últimos Califas. Él estableció una que pudiéramos llamar Universidad o Escuela doctoral para la enseñanza superior, en que solamente entraban los hombres ya ilustres por su erudición o por las obras de un mérito especial y relevante; y el mismo caudillo solía concurrir a las aulas y tomar asiento entre los alumnos, sin permitir que se interrumpiesen las lecciones ni a su entrada ni a su salida, y muchas veces galardonaba por sí mismo a los discípulos sobresalientes. Este bellísimo ejemplo encierra elocuencia bastante por sí solo para darnos un perfecto conocimiento de la gran predilección con que por los Árabes españoles era mirada la instrucción general.

IV

Los incesantes y valiosos esfuerzos para fomentar y preparar las enseñanzas dieron el resultado que no podía menos que esperarse, pues no sólo alcanzaron las artes un sorprendente desarrollo, sino que lo mismo aconteció con las ciencias naturales y exactas: consecuencia natural que viene en demostración de cómo la cultura se había vulgarizado en las masas populares.

Pero lo que legó a ser admirable entre los sarracenos fue la industria manufacturera, en la cual las leyes estéticas fraternizaban con las reglas de la Mecánica. A millares ascendían los telares en que se confeccionaban los riquísimos brocados de seda y oro, señaladamente los de Almería y Valencia, que llegaron a superar a los célebres tejidos de Damasco. La cerámica adquirió desarrollo extraordinario y una perfección a que nunca había llegado; los bellísimos ejemplares que todavía se conservan, son el encanto de los inteligentes y la desesperación, de los que inútilmente tratan hoy de imitar los brillantes colores, los reflejos metálicos y el esmalte con que los revestían. Algo de esta apreciada industria, aprendieron los Pisanos, cuando en unión de Don Ramón Berenguer III *el Grande*, conquistaron a Mallorca; lo que dio origen a la célebre *cerámica Italiana* a que pusieron por nombre *Mayólica*, en recuerdo del lugar donde aprendieron esa industria que tanta celebridad alcanzó después. Muchas fábricas existen en España de esta industria, de origen y fundación árabe, pero aunque sea doloroso confesarlo, están en la más deplorable decadencia.

Así mismo fueron grandes artistas en el labrado de madera llegando a obtener tal perfección, con especialidad en el gusto y delicadeza de las incrustaciones, que acaso hoy no se les supera; prueba innegable de ello es sin duda alguna el famoso *Mimbar* de Al-hakem II, especie de púlpito-reclinatorio, al cual, según aseguran los historiadores árabes, no había otro en el mundo que igualase, tanto por los ricos materiales de que estaba construido cuanto por su exquisito trabajo. Era de marfil y de las maderas más preciosas, como ébano, sándalo rojo y amarillo, bakam, áloe de la India, limonero y otras: costó 35.705 dineros y 3 adirhames. Tenía nueve escalones o gradas. Asegúrase también que estaba compuesto de treinta y seis mil piececitas de madera, unidas entre sí y realizado con clavos de plata y oro y con incrustaciones de piedras preciosas. Pero aparte de este precioso trabajo que evidencia el notabilísimo desarrollo del arte industrial en este ramo, podríamos aun hacer mención de multitud de otros objetos grabados en hueco o al realce, de los cuales se conservan bastantes en número para dar una idea de la perfección, con que estos trabajos se ejecutaban. Todavía la tradición ha mantenido entre nosotros cierta delicadeza y gusto por la elaboración de tan bellos y artísticos objetos.

De la misma manera podríamos citar los grandes progresos del arte industrial del labrado de hierro. Sorpréndenos aun hoy los ingeniosos y variados mecanismos de las cerraduras, cuyos complicados resortes causan una profunda impresión en nuestro ánimo, como también las finísimas labores que ejecutaban sobre hierro, distinguiéndose especialmente las tan originales y minuciosas incrustaciones de oro y plata. Igualmente llegaron a contar multitud de artífices joyeros y hasta nuestros días ha llegado, conservada por la tradición y el gusto popular, la afición a la filigrana, en la que fueron peritísimos maestros y lograron portentos de ejecución y de inventiva.

Duélenos no poder detenernos para consignar la multitud de datos que demostrarían más y más los grandes progresos que fueron consecuencia lógica y natural del gran incremento y extensión que había adquirido entre nuestros muslines la educación académica popular; pero no podemos prescindir de mencionar el invento felicísimo y civilizador de la fabricación del papel, que por su misma importancia no ha menester alabanzas ni encarecimiento; y aun cuando algunos eruditos pretenden mermarles tal gloria, suponiendo que de mucho más antiguo fue conocido el papel en el Oriente, esto no está comprobado ni muchísimo menos, y siempre resultará que corresponde a los árabes españoles la gloria de ser los primeros en fabricar y propagar el papel,, que desde entonces se extendió y gene-

realizó, siendo Játiva el pueblo que tuvo la fortuna de que viese fabricar el primero que se conoció en España y acaso en el mundo.

V

Hemos expuesto, con la brevedad que nos ha sido posible, el programa del esplendoroso período de las artes en España, durante la dominación árabe. Del estudio que hemos hecho, —y ateniéndonos muy especialmente a la opinión de los sabios y eruditos que llevaron a cabo concienzudas investigaciones sobre las causas que fueron origen de tan brillante apogeo—, resulta que estas no pueden atribuirse, ni a su organización política, defectuosísima y autocrática como pocas; ni al reposo interior y exterior, pues que las guerras y revueltas se sucedían sin cesar ni mucho menos á la moral de sus costumbres, peor aún que sus creencias religiosas, las cuales tenían por base el más grosero y refinado sensualismo, juntamente con los más crasos y estupendos errores.

Fácilmente se comprende, dados estos antecedentes, que lejos de ser auxiliares poderosos para las ciencias y las artes, estas circunstancias eran su rémora, contra la que hubieron de sostener constantemente una lucha heroica; y si consideramos que entre las peregrinas prohibiciones del *Koram* existía la de no poder los artífices, bajo las penas más severas, reproducir en ninguna forma, la parte más bella de la naturaleza, cual es la figura humana, ni tampoco los animales y en general ningún ser viviente, se comprenderá bien el extraordinario esfuerzo, estudio e inteligencia que debieron reunir los árabes para ejecutar esas notables obras de arte, privados, como se hallaban, de tan valiosos recursos. Y aún cuando alguna vez quisieron romper el círculo de hierro que aprisionaba su inventiva, ensayando la representación de animales, y aún a veces, si bien con más timidez, la de la figura humana, hacíanlo bastante mal; notábase al punto que no lo habían estudiado; y se sabe que aquel público fanático por las máximas absurdas del *Koram*, recibía estas innovaciones con repugnancia y acerbas censuras.

Y si todo era contrario para el desenvolvimiento de las artes, ¿cómo pudieron llegar á tan alto grado de perfección y de belleza? Ya hemos visto que este milagro (pues milagro parece) fue debido sola y exclusivamente a la palanca poderosa de la instrucción popular, al desarrollo extraordinario que adquirió la enseñanza, y que elevó las ciencias y las artes a tan grande altura que aun hoy, después de transcurridos tantos siglos, deja ver sus huellas imborrables en la naturaleza esencialmente artística de los ingenios españoles, en términos que aún las naciones más cultas pueden tomarnos como modelo y espejo de perfección. ¡Ah! con un pueblo como el nuestro favorecido por la Divina providencia con aptitudes tan sobresalientes para el estudio de las artes en general, dentro de un estado social independiente, de orden y de paz envidiable, tranquilas las conciencias por la posesión de la verdad, según nuestras creencias religiosas, que son auxiliares poderosos de las artes ¿cuál no sería el brillante porvenir que a nuestros ojos se vislumbrase, si todos y cada uno de nosotros con nuestro esfuerzo, los gobiernos con sus medios de acción, las corporaciones con su valiosísimo fuerza, las personas acomodadas, el comercio, la industria y el pueblo con su entusiasmo, contribuyésemos a la creación, fijeza, organización desarrollo y propagación de la enseñanza obrera? ¡Oh entonces, en época no muy lejana quizás llegaría a ser este rincón, casi olvidado, que constituye nuestra patria querida, la envidia del mundo; y las generaciones que nos sucediesen bendecirían nuestros nombres!

No hay que olvidarlo jamás: los árabes han legado a las generaciones de otros siglos inestimables tesoros de arquitectura, cerámica, decorado, pintura y de artes industriales y mecánicas, porque en aquel pueblo laborioso e inteligente, los obreros eran ilustrados y estudiosos, y disponían de escuelas, academias, universidades y centros de instrucción popular en los que adquirirían los conocimientos necesarios para producir con suma perfección las obras de arte que tanto los han enaltecido.

Y si es verdad que hay algo en la atmósfera que inspira a los hombres y los transforma en grandes artistas, si es verdad que el *medio ambiente* en que se vive, influye poderosamente en las tendencias y aspiraciones individuales, medio ambiente que hace a los habitantes del levante y mediodía de España particularmente aptos para el cultivo de las artes bellas, porque tienen siempre ante su vista los célebres monumentos del arte musulmán esparcidos por las regiones españolas del sur, no puede dudarse que los gallegos y en especialidad los santiagueses, que si no poseen restos de la civilización árabe, conservan sin embargo modelos perfectos del arte bizantino, greco-romano y del renacimiento, respiran también una atmósfera impregnada de los perfumes del arte, y que los predispone para su incesantes estudio y cultivo inteligente.

La tradición de la enseñanza se ha mantenido en las regiones del mediodía de España, y esto ha sido fuente de grandes beneficios para sus obreros: los del norte y noroeste no son menos aptos para el estudio de las artes bellas e industriales, pero la ausencia completa del espíritu educativo popular, ha impedido que obtuviesen el mismo grado de desarrollo y prosperidad.

Por esto es necesario que se fomenten y protejan en Galicia, y particularmente en Santiago, centros científicos y academias destinadas a la enseñanza de las artes mecánicas y liberales, a fin de crear esa falange instruida y educada que ha de servir en el futuro para levantar de su postración y decadencia el cultivo de todas las artes y legar a las generaciones venideras gloriosos monumentos, semejantes en duración y grandeza a aquellos que immortalizan la raza árabe en España y en todo el mundo civilizado.

Santiago, por sus recuerdos históricos, sus templos grandiosos, su antigua y célebre Universidad, sus joyas artísticas, y sobre todo por ser el centro intelectual y el verdadero cerebro de la tierra gallega, es una ciudad merecedora de la más grande consideración por parte de los altos poderes del Estado. Bien sabe el cielo que no bastan para iniciar y desenvolver la obra colosal del renacimiento de las artes, los esfuerzos siempre nobles y generosos de las instituciones privadas; porque además del concurso del Estado, es necesario también el del pueblo y el de todas las personas de valimiento por su influencia política y su posición social, a fin de que la unidad de miras y voluntades, realice el gran triunfo del arte en las esferas populares.

Y no he de terminar este pobre y desaliñado discurso sin dirigir un ruego cariñoso a los hijos del trabajo y a los obreros compostelanos, lo mismo que a los de Galicia en general, ruego enderezado a conseguir de ellos un patriótico entusiasmo por el estudio diario e incesante de las diversas asignaturas que constituyen su carrera artística. se ha dicho que los obreros tienen su *Universidad* en la Escuela de Artes y Oficios, y es esta una verdad que no ha menester demostraciones ni alabanzas: a ella vienen los hijos de la industria, afanosos por descorrer el velo que oculta a sus ojos el arcano de las artes; en las aulas descansan de las rudas faenas del taller y de la fábrica, y en vez de agotar sus fuerzas y envenenar

sus sentimientos en la atmósfera letal y mefítica del café y la taberna, recrean su espíritu fortificando su inteligencia, con sublimes verdades y sabias enseñanzas.

Hay que desarraigat la creencia funesta de que la felicidad se encuentra en conseguir un pedazo de pan con la rutina de ciertos oficios mecánicos, ó atravesando los mares para conquistar, como los antiguos argonautas, el nuevo *Vellocino de oro*: la verdadera felicidad está en el estudio y conocimiento de los secretos de la ciencia o del arte, en el ejercicio de la inteligencia, y en la educación hábilmente dirigida, para obtener mañana ese grado de cultura que torna a los pueblos ricos y florecientes, y ahuyenta de su seno la pobreza y la miseria.

Imitemos aquella raza sobria, inteligente, laboriosa que supo captarse nuestras simpatías, a pesar de ser enemigos nuestros y poseer una religión distinta, y unas costumbres que pugnaban abiertamente con las de los antiguos españoles. *Labor omnia vincit*, decía el clásico latino. Ese sea el lema de la clase obrera, para llegar un día a la conquista de su bienestar y prosperidad.

He dicho.

APENDICE

Para el estudio de la civilización árabe en España y su sistema de enseñanza popular, además de la Historia general de España y particularmente de la de los Árabes de nuestra nación, de Masdeu, Lafuente, Conde, Viardot, Dozy, etc. y de la Enciclopedia Mellado, pueden consultarse con fruto las siguientes obras:

Histories des trabes, por Sedillot.- Es una obra curiosa que demuestra que los árabes y moros de nuestro país imitaron las artes e industrias de los indígenas, muy adelantados en ellas desde la época romana y visigoda. En agricultura copiaron mucho del gaditano Columena.

Esta es también la opinión del sabio arabista, catedrático de Granada Sr. Simonet.

Prolegómenos de la Historia Universal por el historiador afgicano del siglo XV. *Eln-Khal-don*.- Traducción francesa por Mac-Gekin d'Slave. Tres tomos en 4º.

Museo español de antigüedades: esta obra, que la constituyen nueve voluminosos tomos de doble folio, editados por Dorregaray, bajo la dirección de D. Juan de Dios de la Rada y Delgado, en Madrid, hay multitud de monografías de las que pueden sacarse numerosos e importantes datos sobre las artes a que se refiere nuestro trabajo; como los de *dactilografía* o sellos árabes por el Sr. Saavedra, de la *musivaria* o azulejos por D. Rodrigo Amador de los Ríos, etc. etc.

Estudios de los vestidos de los árabes españoles por Mr. Reinhar Dory.

Espanich arts, por D. Juan Facundo Riaño. En esta obrita publicada en inglés con el objeto de dar a conocer las antigüedades del Museo de Londres, hay datos importantes sobre las artes musulmanas en España.

Tomos relativos a Granada, Córdoba, etc. de los *Recuerdos y Bellezas de España* editadas por Pareissa; o de la *España artística y monumental*, editada por Cortezo en Barcelona.

En la *Historia de Granada* por D. Miguel Lafuente Alcántara, tomo III, hay un capítulo dedicado especialmente a dar a conocer las artes e industria de los moros granadinos.

El Sr. D. Rafael Contreras publicó en el año 1882 un interesante libro muy útil para este objeto, titulado *Recuerdos de la dominación árabe en España. Sus tradiciones, literatura, artes e historia de los nazaritas etc. etc.*

También debe consultarse el libro del mismo Sr. Contreras titulado el *Arte árabe en España* manifestado en sus monumentos en Córdoba, Sevilla y Granada.